

La Historia Reciente en la Argentina: un balance

Recent History in Argentina: An assessment

Gabriela Águila
Universidad Nacional de Rosario. Argentina
gbaguila@gmail.com

Abstract

Over the past few years recent history – understood as a specific field of studies – has been constantly on the rise in Argentina. This phenomenon cannot be separated from similar trends taking place in other historiographic traditions, but also forms part of the specific characteristics of academia in this country. This article offers a survey of the production and academic debates revolving around it, with respect to the dictatorship of 1976-83, by examining the various approaches to the study of the recent past and its lines of research.

Key words

Recent history, historiography, Argentina.

Resumen

En los últimos años se ha producido en Argentina un auge sostenido de la historia reciente, entendida como campo de estudio específico. Este proceso no puede desgajarse de tendencias similares habidas en otras tradiciones historiográficas, pero también se inserta en los propios desarrollos académicos de este país. El presente artículo ofrece una panorámica de la producción y los debates académicos, relacionados con la dictadura de 1976-83, examinando las formas de abordar el estudio del pasado reciente y sus líneas de investigación.

Palabras clave

Historia reciente, historiografía, Argentina.

Una de las principales novedades en el panorama historiográfico argentino de los últimos años es el auge de la denominada Historia reciente, verificado en el sostenido crecimiento de la producción académica y de los espacios donde se debate y se investiga sobre el pasado más cercano. La multiplicidad de jornadas, mesas temáticas, proyectos de investigación, instancias de formación de posgrado, así como la creciente cantidad de tesis doctorales y publicaciones que se centran en el estudio de las últimas décadas de la Historia argentina demuestran la vitalidad de este campo de estudios.

Como bien se ha hecho notar, y a diferencia de pretéritos más remotos, el pasado reciente no es territorio exclusivo de la Historia: objeto de interés y de abordajes muy diversos, se ha constituido como un campo de estudios multidisciplinar. Sociólogos, cientistas políticos, antropólogos sociales e incluso juristas y economistas, han analizado ese tramo del pasado al que la Historia llega tardíamente. A su vez, el periodismo de investigación, las memorias de los contemporáneos, el cine o la literatura han aportado también a la reconstrucción de esos períodos, en muchos casos con un impacto público que excede largamente el de cualquier producción proveniente del campo científico y académico.¹

La novedad no se encuentra entonces en el interés, el análisis o la reflexión sobre las últimas décadas de la historia argentina, sino en el hecho de que en estos últimos años se ha afirmado un territorio propio de la Historia como disciplina. Ya hay una historia y una historiografía del pasado reciente, que ha empezado a distinguirse de lo producido por otras ciencias sociales y otras narrativas (sin minimizar la significación de los trabajos y aportes procedentes de otras matrices disciplinares que siguen nutriendo ese campo de estudios).

Esta expansión no es original ni privativa de esta historiografía, en tanto los estudios sobre la llamada Historia reciente, Historia actual, Historia inmediata o Historia del presente se desplegaron previa o contemporáneamente en otros ámbitos académicos americanos y europeos.² Sin embargo, resulta necesario ubicar esta deriva historiográfica dentro de las trayectorias de la disciplina histórica en la Argentina de los últimos dos o tres decenios, tanto como articularla con un contexto social y político más amplio que desborda el quehacer historiográfico y académico.

¹ Cfr. los principales balances historiográficos sobre esta problemática: Luciano Alonso, "Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica", *Prohistoria*, año XI, n° 11 (Rosario, 2007) y "Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino", en Juan Andrés Bresciano, comp., *El tiempo presente como campo historiográfico. Ensayos teóricos y estudios de casos* (Montevideo: Cruz del Sur, 2010), 41-64, Marina Franco y Florencia Levín, "El pasado cercano en clave historiográfica" y Roberto Pittaluga, "Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista", en Marina Franco y Florencia Levín, comps., *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Buenos Aires: Paidós, 2007), Gabriela Aguila, "La dictadura militar argentina: interpretaciones, problemas, debates", *Páginas*, año 1, n° 1 (2008), <http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revpaginas>, consulta 21 agosto, 2010. También Hernán Apaza, "Un capítulo ausente en "Historia reciente": la constitución y consolidación de un campo historiográfico académico", *Interpretaciones* 3 (2007), <http://www.historiografia-arg.org.ar/numero%203/Ensayo%20Apaza.pdf>, consulta 14 de noviembre, 2011.

² Véase al respecto Josefina Cuesta Bustillo, "La historia del tiempo presente: estado de la cuestión", *Studia Histórica*, vol. I, n° 4 (1983), http://campus.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/0213-2087/article/download/5714/5748 consulta 10 de noviembre, 2011, Abdón Mateos, "Historia, Memoria, Tiempo presente", *Hispania Nova* 1, no. 1 (1998-2000), <http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/004/art004.htm#13t>, consulta 10 de noviembre, 2011, M. Franco y F. Levín, "El pasado cercano", 32-36.

En tal sentido, el desarrollo de la Historia reciente se vincula al menos con dos situaciones: por un lado, con los vacíos analíticos e investigadores resultantes de la configuración disciplinar a la salida de la dictadura, que resultó en la virtual exclusión del estudio del pasado reciente del campo historiográfico; por otro lado, con las cambiantes coyunturas sociales y políticas de estas dos o tres últimas décadas, que desafiaron e impulsaron a muchos investigadores a bucear en un pasado cuyas huellas en el presente eran muy visibles.

Si bien existen diversos abordajes y perspectivas para definir a este campo de estudios, se advierte un acuerdo más o menos general: ese pasado inmediato incluye la supervivencia de ciertos actores y protagonistas y, con ellos, la memoria de sujetos sociales vivos tanto como la de sus descendientes, es decir, refiere a la existencia de una memoria social viva –*actual, presente*–, de ese pasado. A la vez, se caracteriza por una cierta contemporaneidad entre el historiador y el tramo de tiempo del cual se ocupa.³

Y ello en parte define su periodización o el ámbito temporal que abarca la denominada Historia reciente. Lo que se registra en las diversas historiografías nacionales es una variación de los marcos temporales así como la significación que ostentan los denominados “pasados traumáticos”: guerras, genocidios, masacres implementadas por los estados, dictaduras de diverso tipo, que configuran momentos de ruptura en términos individuales y colectivos. Estos acontecimientos, a la par que generan problemas éticos, políticos y sociales, han promovido los estudios sobre el pasado inmediato.⁴

Si para algunos países europeos ese pretérito incluye períodos tan distantes como el de entreguerras, en el caso argentino la periodización nos remite a un pasado más próximo. Los estudios sobre la Historia reciente se centran en un período inaugurado, bien por el golpe de estado que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón en 1955 o, más comúnmente, se inician en “los ‘60”. Y sus fronteras temporales se extienden, con variables, “hasta nuestros días” o “la actualidad”, confundiendo sus territorios con disciplinas especializadas en el estudio del presente. En este relativamente extenso marco temporal, la atención de los estudiosos se centró en dos momentos significativos: los años ‘60 y primeros ‘70 (un período complejo jalonado por gobiernos democráticos y militares y denotado por un ciclo de aguda radicalización política y social entre 1969/75) y la dictadura militar de 1976/83, caracterizada por el despliegue represivo inédito. Una etapa en absoluto homogénea en sus desarrollos y atravesada dramáticamente por la última dictadura, interpretada de modos diversos y aún dominada por prejuicios y mitos; tanto recuperada por alojar promesas de cambios revolucionarios como denostada por estar signada por la violencia política ejercida por izquierda y derecha o “desde abajo” y “desde arriba”.

³ Para el tema también véase Julio Pérez Serrano, “La Historia continúa”, *HAOL* Núm. 1 (primavera 2003), 7-9, <http://www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/haol/article/view/9/324>, consulta 2 de septiembre, 2009 y Julio Aróstegui, *La Historia vivida. Sobre la Historia del presente* (Madrid: Alianza, 2004).

⁴ Vid. M. Franco y F. Levín, “El pasado cercano”, 34-35, quienes sostienen que de hecho el carácter traumático de ese pasado suele intervenir en la delimitación del campo de estudios, determinando que la legitimidad del mismo no sea disciplinar sino política. Para una perspectiva crítica ver L. Alonso, “Definiciones y tensiones”, 51-56.

Si nos referimos al campo de la Historia, conviene señalar que desde los inicios de la transición democrática -hacia la segunda mitad de los '80- y en el contexto de renovación académica post-dictadura, se establecieron no sólo los parámetros de profesionalización de la disciplina sino que se definieron agendas de investigación que privilegiaron o desarrollaron algunas áreas y temas en detrimento de otros. Como ha sostenido Roberto Pittaluga, allí se delinearon las fronteras entre lo que era y no era Historia u objeto de estudio para los historiadores profesionales, convirtiendo al pasado más cercano en un ámbito vedado, en tanto territorio de la política o de la pasión política.⁵ Sin duda, ello incidió en la abstención mayoritaria de los historiadores profesionales para indagar sobre el pasado reciente.

Así, mientras los principales desarrollos de la disciplina histórica soslayaron esos estudios, los abordajes sobre el pasado cercano quedaron mayoritariamente en manos de otras ciencias sociales como la sociología o la ciencia política o provinieron de espacios extra-académicos, en particular del periodismo de investigación y crecientemente de las memorias, la literatura o el cine. Sin embargo algunos historiadores, a título individual o como miembros de grupos localizados en distintas universidades y centros de investigación, comenzaron a estudiar esos períodos, discutiendo por fuera de las tendencias dominantes en la historiografía. Si en los '80 estas empresas eran aisladas y marginales, en los '90 emergieron con una mayor visibilidad, aunque será en la década del 2000 cuando adquieran otra proyección.

Analizar estos derroteros únicamente en clave historiográfica impediría comprenderlos en todas sus dimensiones, en tanto las posibilidades de indagación sobre el pasado más reciente se vieron impulsadas por el clima social y político que experimentó cambios significativos entre los años iniciales de la transición y la actualidad. Las dos décadas y media que siguieron al final de la dictadura configuran un período complejo denotado por la difícil consolidación de la democracia acuciada por las herencias de la dictadura militar, en particular respecto de los crímenes cometidos por las fuerzas represivas que permanecían impunes,⁶ tanto como por las crisis

⁵ El autor argumenta que el silencio de los historiadores en los años '80 se vinculó con la hegemonía de discursos que condenaban en bloque el pasado reciente (entre ellos la "teoría de los dos demonios", formulada en el prólogo del informe Nunca Más, que a la par que reconocía los crímenes cometidos por las Fuerzas Armadas, postulaba que la dictadura había sido el producto de un enfrentamiento entre dos bandos con iguales responsabilidades), así como la cercanía temporal o la dimensión biográfica, en tanto algunos de esos historiadores habían sido militantes en los años previos. Ver "Miradas sobre el pasado reciente argentino", 134 y subsiguientes.

⁶ *Ibid.* La pretensión de "cerrar" el pasado dictatorial y la deserción del Estado en la penalización de los delitos de lesa humanidad que se había impuesto hacia fines de los años '80 y se profundizó en los '90, generaron persistentes críticas de los organismos de derechos humanos y de sectores sociales y políticos sensibles a estas reivindicaciones. La sostenida demanda de verdad y justicia se articuló con una proliferación de relatos testimoniales, artísticos o periodísticos sobre los años '60 y '70, en particular a partir de la coyuntura del 20° aniversario del golpe de estado (1996) cuando la aparición de nuevos actores en el movimiento de derechos humanos como HIJOS –constituido por una nueva generación, los hijos de los detenidos-desaparecidos- y las agrupaciones de sobrevivientes de la dictadura, ayudaron a configurar un relato nuevo respecto del pasado reciente argentino. En parte implicó repensar y revalorizar las experiencias de los militantes revolucionarios de los años '60 y '70 –el sector hacia el cual se dirigió primordialmente el terror estatal-, considerando que los detenidos-desaparecidos no portaban únicamente el carácter de víctimas de la represión, sino también identidades políticas e ideológicas definidas. Ya no se trataba entonces de una condena en bloque a un pasado de violencia política generalizada –como se postulaba en el prólogo del Nunca Más-, sino de una recuperación parcial de las luchas sociales y políticas de los años predictoriales. Véase también Daniel Lvovich y Jaqueline Bisquert, *La cambiante*

recurrentes y sus devastadoras consecuencias sociales que se hicieron dramáticamente evidentes a fines del año 2001.⁷ Un breve repaso por algunos de estos desarrollos historiográficos nos permitirá explicitar tales articulaciones, consignando que esta exploración se centrará en la producción académica y, en particular, en el ámbito de la Historia.

El pasado reciente, entre la memoria y la oralidad

Ahora bien, mientras la Historia era cuestionada en sus credenciales disciplinares para ingresar en el estudio del pasado reciente,⁸ hacia fines de los '90 aparecería una nueva vía de entrada: la memoria. En este plano, lo sucedido en la Argentina no es diferente a lo acaecido en otras historiografías: la memoria se ha convertido en un objeto de importante reflexión intelectual en las últimas décadas, dando lugar al surgimiento de un campo de estudios –la historia de la memoria o los estudios sobre la memoria–, con un significativo impacto en el ámbito de la Historia como disciplina.⁹

Centrados en particular en el análisis de las últimas décadas, estos abordajes privilegiaron las experiencias individuales y colectivas de hombres y mujeres involucrados en la militancia y las luchas de los años '60 y '70 como las vivencias de los afectados por la represión implementada durante la dictadura militar, que incluyeron la desaparición de personas, la experiencia concentracionaria y los exilios. Estas últimas dimensiones colocaron a ese pasado reciente en el horizonte de análisis de los genocidios o los asesinatos en masa cometidos por el terror estatal, favoreciendo el énfasis comparativista que permeó este campo de estudios.

Las experiencias europeas, en especial el Holocausto, funcionaron como un espejo desde el cual mirar a las décadas más recientes y en particular a la última dictadura y sus herencias en el presente argentino, en sintonía con tendencias que se desarrollaban en otros ámbitos académicos.¹⁰ La perspectiva comparativa se asentó

memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento / Biblioteca Nacional, 2008).

⁷ La profunda crisis política, social y económica que se desplegó hacia fines del año 2001 se expresó de diversos modos y, junto con el rechazo al ajuste neoliberal y el descrédito y falta de representatividad de los partidos políticos tradicionales (el slogan fue “que se vayan todos”), se renovó la condena a la dictadura y sus herencias.

⁸ Uno de los más influyentes historiadores académicos, Luis Alberto Romero, sostenía en una nota de opinión en un importante diario argentino lo siguiente: “La historia termina hace cincuenta años; lo que sigue es política. La historia debe atenerse a los hechos, a lo realmente ocurrido; lo demás es filosofía”, en “Para qué sirve la historia”, *Clarín* (Buenos Aires), 11 de octubre de 1996. Sin embargo, las más de las veces este tipo de perspectivas no se hicieron públicamente explícitas, permaneciendo en sordina o reservadas a reuniones académicas.

⁹ Si la memoria se convirtió en una vía de entrada privilegiada para el análisis del pasado más cercano, también suscitó un profuso debate sobre las ambiguas y complejas relaciones entre memoria e Historia, consideradas ambas como formas de elaboración del pasado, en tanto sus territorios parecen superponerse y confundirse, compeliendo a historiadores, sociólogos, filósofos y epistemólogos a insistir tanto en sus notas distintivas como en sus filiaciones.

¹⁰ Como ha sostenido Enzo Traverso, el Holocausto se convirtió en el paradigma de la memoria del siglo XX, a partir del cual se interpretan, se analizan, se configuran las representaciones de otras formas de violencias, de otros genocidios, de otras crisis sociales y políticas. En “Memoria, olvido, reconciliación. El uso público del pasado”, en Daniel Lvovich y Jorge Cernadas, eds., *Historia ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta* (Buenos Aires: Prometeo Libros / Universidad de General Sarmiento, 2011), 51-52.

particularmente en el contrapunto entre las configuraciones de la memoria (social, colectiva) de los llamados pasados traumáticos y/o en la reflexión ensayística en torno al significado político y ético del terror estatal. La búsqueda de analogías remitió más a la relación entre “*historias pasadas y memorias presentes*”¹¹ o al nexo entre ese pasado traumático y el presente que al análisis del pasado en sí, en tanto la mayor parte de estos trabajos provinieron de disciplinas diferentes a la Historia.¹²

Estos abordajes tuvieron un significativo impacto sobre el quehacer historiográfico ya que proveyeron a un conjunto cada vez más amplio de investigadores interesados en el estudio del pasado reciente de matrices interpretativas y modelos de análisis teórico desde los cuales estudiar las conflictivas décadas que mediaban entre los ‘60 y la actualidad. Jóvenes en su mayoría, provenientes de una generación que no había vivido el período al menos en su edad adulta, estos estudiosos nutrieron con sus trabajos los coloquios, mesas temáticas y jornadas centrados en problemas de Historia y memoria que comenzaron a realizarse con regularidad a partir de principios de la década del 2000. Por su parte, y con un evidente retraso respecto de los investigadores más jóvenes y de lo sucedido en otras disciplinas, algunos historiadores más renombrados comenzaron a ocuparse del problema de la memoria o de las relaciones entre historia reciente y memoria,¹³ otorgando carta de ciudadanía dentro de la Historia profesional a la reflexión sobre el pasado más cercano.

Así, fue la llegada de los estudios sobre la memoria la que amplió, en muchos sentidos, el campo de estudios sobre el pasado reciente. Si no se podía hacer “Historia” del período, con los procedimientos propios de la disciplina, resultaba aceptado reflexionar sobre su persistencia en la memoria o sobre las dimensiones ético-políticas de un pasado dominado por la violencia política y la represión, a tono con lo que sucedía en otros contextos académicos internacionales. Indagar sobre la memoria de aquel período tan conflictivo se revelaba como menos urticante, probablemente porque podía dar cuenta de la multiplicidad de registros de memoria (no hay una única memoria de ese pasado) frente a la “fijeza” que el conocimiento histórico construido con todas las reglas del campo disciplinar podía presentar.

Pero si esto sucedía con la tematización sobre la memoria, la situación era diferente para la que se convirtió en la compañera inseparable de los estudios sobre las décadas más recientes: la historia oral. De ingreso relativamente tardío en la Argentina y en la Historia como disciplina (sobre todo si la comparamos con países como México, Brasil o el área andina, o con disciplinas como la sociología o la antropología), sus primeros desarrollos se produjeron hacia los años ‘90 de la mano de algunos

¹¹ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002), 74.

¹² Entre ellos destacan los aportes de Pilar Calveiro, una socióloga y sobreviviente de los campos de concentración de la dictadura, autora de *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina* (Buenos Aires: Colihue, 1998), los influyentes desarrollos de otra socióloga, Elizabeth Jelin, condensados en su libro *Los trabajos de la memoria*, el primero de una serie de textos colectivos denominada *Memorias de la represión* y el más polémico libro de un ensayista proveniente del psicoanálisis, Hugo Vezzetti, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002).

¹³ Muchos de quienes habían denostado la posibilidad de investigar sobre el pasado reciente por su cercanía temporal, se volvieron asiduos participantes en los medios de comunicación, los espacios educativos y otros ámbitos de difusión, interviniendo con artículos y disertaciones sobre las relaciones entre historia y memoria, la violencia política en la historia reciente, la persistencia del pasado dictatorial, el rol del historiador como profesional y como ciudadano, entre otros temas.

investigadores con vínculos fluidos con otros ámbitos académicos en el exterior.¹⁴ A partir de ese momento, adquirió un impulso muy significativo que engarzó con el auge de los estudios sobre la memoria y se vio favorecida por el nuevo clima epocal y la creciente disposición de quienes habían vivido los acontecimientos de las décadas del '60 y '70 a contar sus historias.¹⁵

La práctica de la historia oral se difundió ampliamente alentando el abordaje de temas y problemas del pasado reciente, propiciando el debate teórico-metodológico sobre la utilización de los testimonios, el desarrollo de espacios de intercambio a nivel nacional y la conformación de archivos orales. Con todo y el avance irresistible de su práctica, el medio académico local expresó una fuerte resistencia a la incorporación de las fuentes orales en la indagación histórica sobre todo si éstas ocupan un lugar central. Se verificó así una doble impugnación: si el estudio del pasado más cercano generaba resistencias dentro del ámbito historiográfico, estas fueron aún más visibles cuando además implicaba darle credenciales legítimas al uso de la historia oral.¹⁶

La Historia reciente en la Historia

No debería perderse de vista el hecho de que la última dictadura militar provocó una visible fractura en los desarrollos académicos y científicos en la Argentina, en particular en las ciencias sociales. Será a partir de mediados de los años '80, en el contexto de la recuperación de la democracia, cuando se produzca la normalización de las universidades, y en diversas carreras de ciencias sociales se implementen nuevos planes de estudio y se verifique el recambio de muchos profesores, con el ingreso en las universidades de investigadores llegados desde diversos exilios. Asimismo, se crearon espacios de intercambio disciplinar y el mercado editorial se revitalizó alojando la producción de los académicos locales.

Como decíamos más arriba, este fue el contexto en el que se delinearon los contornos de la Historia como disciplina profesional, perfilándose un conjunto de historiadores e historiadoras reconocidos e influyentes en las distintas áreas, cuando se

¹⁴ Fueron los casos de Dora Schwarztein, una investigadora que estudiaba el exilio republicano español y Pablo Yankelevich, otro estudioso del exilio en México, quienes organizaron el primer programa de Historia oral en el país en la Universidad de Buenos Aires, y de Pablo Pozzi, quien se formó en Estados Unidos y tempranamente se valió de la historia oral para investigar la historia del movimiento obrero y la izquierda en los '60 y '70. Schwarztein prologó y compiló un pequeño y multicitado libro sobre Historia oral, editado a principios de los '90, que difundió textos de los principales referentes de la temática como Alessandro Portelli, Paul Thompson o Luisa Passerini. Véase *La Historia Oral* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991). Habría que mencionar brevemente que hacia fines de los 80 comenzaron a difundirse en la Argentina trabajos de historia social escritos por investigadores extranjeros que recurrían, entre otras fuentes, a los testimonios orales, en particular ver Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, (Buenos Aires: Sudamericana, 1990).

¹⁵ Esta disposición, que contrastó con lo que había ocurrido en los años previos, abonó el terreno de la historia oral y amplió el desarrollo de investigaciones centradas en las memorias y experiencias de los militantes y represaliados por la dictadura. Al respecto ver Marina Franco y Florencia Levín, "El pasado cercano", 60.

¹⁶ Hemos tratado algunas de estas cuestiones en Gabriela Aguila y Cristina Viano, "Las voces del conflicto: en defensa de la Historia Oral", en Cristina Godoy, ed., *Historiografía y Memoria Colectiva* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2002) y "Sobre la historia oral y el pasado reciente: algunas reflexiones a partir de una experiencia de trabajo", *ponencia*, Primer Coloquio "Historia y Memoria: perspectivas para el abordaje del pasado reciente", Universidad Nacional de La Plata, 2002.

fijaron las agendas de investigación en los temas más atractivos, se amplió el acceso a los organismos de investigación nacionales y provinciales y el financiamiento a proyectos e investigadores, a la vez que el campo historiográfico argentino se abrió definitivamente a los influjos de las tendencias internacionales. Este panorama experimentó modificaciones en las dos décadas siguientes, ampliándose notablemente el desarrollo de la disciplina por efecto de la continuidad institucional y la normalidad académica (nunca antes la universidad argentina había transitado por más de dos décadas de vida democrática sin interrupciones), el ingreso de nuevas generaciones de historiadores en las universidades y centros de investigación y la irrupción de nuevos temas y problemas en la agenda historiográfica.

Hacia los años '90 las Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia se convirtieron en el mayor ámbito de reunión de los historiadores argentinos.¹⁷ En este espacio, que daba cabida a las principales líneas de investigación, comenzaron a organizarse mesas específicas sobre el período post 1955 centradas en los estudios sobre la clase obrera. Señalemos, en relación con ello, que en la segunda mitad de los '80 los análisis sobre el movimiento obrero se configuraron como uno de los puentes que pretendieron conectar la renovación de las ciencias sociales con los años previos a la dictadura de 1976/83. La clase obrera como objeto de estudio mostraba en aquellos años una centralidad que se vinculaba, en parte, con la recuperación de temas y problemas que habían generado la atención de los investigadores en los '60 y '70 y en algunos casos a una tradición anclada en el marxismo como marco de referencia teórica y analítica.¹⁸ Por su parte, la atención dedicada al mundo del trabajo en el campo de la Historia, también se vio beneficiada por la tardía llegada a la Argentina de perspectivas de análisis que tenían una extensa difusión en otros ámbitos académicos, cual fue la renovada Historia social inglesa, en particular los aportes de E. P. Thompson y llamada "historia desde abajo" que impactaría de modo diverso en el campo historiográfico. Fue en estas instancias de intercambio académico, en espacios como las mesas temáticas centradas en los estudios sobre el movimiento obrero, en algunos centros de estudio e investigación radicados en universidades como las de Rosario, La Plata y Buenos Aires, donde se inició una disputa historiográfica y metodológica sobre la historicidad de ese pasado cercano, que sólo se desplegaría explícitamente en los años siguientes.

Sin embargo, en el contexto neoliberal de los '90 los estudios sobre la clase obrera y el mundo del trabajo perdieron centralidad,¹⁹ operándose un conjunto de

¹⁷ Organizadas por las Escuelas y Departamentos de Historia de las Universidades Nacionales, las Jornadas Interescuelas surgieron a finales de los años ochenta como una instancia destinada a cubrir una necesidad de la comunidad de historiadores que investigaban y enseñaban en la universidad pública: recomponer los vínculos y reconstruir el campo académico asolado por la última dictadura. Exhibiendo una notable continuidad en el tiempo que contrasta con otros emprendimientos, las Jornadas se vienen realizando desde hace más de veinte años en las diversas sedes de las Escuelas y Departamentos de Historia y representan, sin duda alguna, el evento académico más convocante de la disciplina.

¹⁸ Uno de los principales promotores de los estudios sobre la clase obrera en esos años fue, sin dudas, Alberto Pla. A su empeño se debió, entre otras cosas, la organización de espacios de intercambio académico, en particular la creación del Centro de Estudios de Historia Obrera en la Universidad Nacional de Rosario en 1990 (que nucleaba a un conjunto de jóvenes investigadores de esa casa de estudios y de la Universidad de Buenos Aires), el desarrollo de investigaciones colectivas sobre los trabajadores y la izquierda y el impulso a una de las escasas polémicas historiográficas de esos años: la que opuso la noción de clase a la de "sectores populares".

¹⁹ En este contexto historiográfico hostil, la historia de los trabajadores y la clase obrera en particular de la segunda mitad del siglo XX pareció desaparecer como campo de estudios, solapándose en análisis desiguales en torno a procesos de corte regional o local, en indagaciones sobre diversas vertientes de la

desplazamientos temáticos. Las décadas más recientes comenzaron a ser abordadas desde otras matrices, otros recortes analíticos y con otros énfasis. A comienzos del 2000 y mostrando los cambios acaecidos en la historiografía argentina, fueron en particular las jornadas y las mesas sobre memoria e historia,²⁰ y en menor medida sobre historia de las izquierdas,²¹ las que nuclearon gran parte de los trabajos sobre el pasado más cercano. El primer encuentro específico y nacional sobre este ámbito de estudios, las I^o Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, se realizó en la Universidad Nacional de Rosario en el año 2003. Fueron organizadas por el Centro de Estudios de Historia Obrera de la Universidad Nacional de Rosario y contaron con la participación activa de investigadores y grupos de investigación vinculados a aquel centro de estudios, en el Centro de Investigaciones Sociohistóricas de la Universidad Nacional de La Plata, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, en el Centro de Documentación e Investigación sobre las Izquierdas (CEDINCI) y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.²²

Las jornadas fueron el resultado de intercambios entre investigadores y docentes de algunas universidades nacionales que trabajaban sobre temáticas similares y periódicamente compartían espacios de encuentro y de discusión en diversos eventos académicos. Tal iniciativa se fundaba en la constatación de que las temáticas que eran el eje de las jornadas aún no habían encontrado sus propios canales de expresión dentro del quehacer historiográfico y aunque todavía era posible escuchar que el análisis del pasado reciente remitía a una memoria ideologizada, cruzada por las pasiones, en un ejercicio visualizado como ajeno a la labor profesional de los historiadores, ya se vislumbraba un cambio de signo: la abundante producción y los recorridos de la investigación sobre este período mostraban la vitalidad de este ámbito de indagación en la Argentina.

El desarrollo de estos nuevos espacios de intercambio académico permitió obtener una visión panorámica de un campo de estudios todavía en construcción que, sin embargo, se había dotado de un nombre propio. No sólo exhibía el desarrollo de diversas líneas de investigación y una creciente producción, sino asimismo mostraba los perfiles de quienes lo nutrían: en su mayoría jóvenes nacidos en democracia, que se sumaban a investigadores con trayectorias más consolidadas, muchos de los cuales habían sido niños o adolescentes en el momento del golpe de estado de 1976.

Por su parte, indicaba que los temas privilegiados eran aquellos que habían sido relegados a los márgenes de la Historia profesional, hasta no hace mucho cuestionados

izquierda y/o en el estudio de las décadas del '60 y '70 e incluso en la historia de la empresa y los sectores empresarios. La fragmentación entre diversos campos de estudio -no ajena, probablemente, a los derroteros de la Historia como disciplina- y el concomitante cambio en el foco del análisis coincidieron con la pérdida de centralidad y contribuyeron a la invisibilización de los trabajadores o la clase obrera como objeto de estudio.

²⁰ Destaca la realización en 2002 del I^o coloquio "Historia y memoria: perspectivas para el abordaje del pasado reciente", organizado por la Comisión Provincial por la Memoria de la provincia de Buenos Aires e investigadores de la Universidad Nacional de La Plata agrupados en el Centro de Investigaciones Sociohistóricas. Del mismo modo, la labor desplegada por José Sazbón como organizador de mesas temáticas sobre historia y memoria en distintos eventos se inscribe en la misma senda pionera.

²¹ Las I^o Jornadas de Historia de las Izquierdas fueron organizadas por el Centro de Documentación e Investigación sobre las Izquierdas (CEDINCI) en diciembre de 2000 y continúan reuniéndose cada dos años en la ciudad de Buenos Aires.

²² El evento se ha seguido realizando periódicamente en distintas sedes (Buenos Aires, La Plata, Rosario, Los Polvorines, Santa Fe) y se han sumado otros centros de estudio y universidades a la organización.

por su carácter “militante” y deslegitimados, temas sólo visitados por investigadores individuales o pequeños colectivos ubicados en algunos centros universitarios de la Argentina: la conflictividad social y las luchas populares de los '60 y primeros '70, los trabajadores y el mundo del trabajo, las expresiones de la “nueva izquierda” y las organizaciones armadas, la militancia “setentista”, las memorias de las víctimas de la dictadura y las resistencias sociales al neoliberalismo.

Historia reciente: filiaciones y novedades

El auge de los estudios sobre el pasado reciente puede ser visto como el resultado de un doble proceso que involucra ciertas dinámicas propias del ámbito académico e historiográfico pero que, a la vez, no podría ser desgajado del contexto en el cual se desarrolló la práctica investigadora.

Fue el corolario de un período de disputas en el interior de la Historia académica, que conllevó enfrentar las resistencias más o menos explícitas hacia el tratamiento de esos temas. Quienes trabajaron en ellos reivindicaban la historicidad del pasado reciente, esto es, la posibilidad de aplicar los procedimientos propios de la disciplina al estudio de ese pasado, tanto como reclamaban la legitimidad de sus objetos de estudio e incluso el uso de herramientas metodológicas propias, como la historia oral. Con diversos resultados, avances y aportes, nutrían una línea historiográfica en expansión, que estaba mostrando una interesante renovación en el estudio de distintos temas y a la que se negaba más o menos explícitamente status académico.

Tampoco deberían subvalorarse aspectos tales como las disputas intergeneracionales o las tomas de posición ideológicas, teóricas y políticas: en general los y las historiadores/as que investigaban sobre el pasado cercano eran más jóvenes que los historiadores consagrados y su lugar en el espacio académico era por esta misma razón marginal. Muchos eran más o menos abiertamente marxistas y/o desarrollaban su práctica historiográfica a contrapelo del *establishment* académico, así como reivindicaban la necesidad de intervenir pública y políticamente como ciudadanos pero también como historiadores profesionales.

Por otro lado, y como mencionamos, resultaría muy difícil analizar tales recorridos sin considerar que ese pasado que es materia de la Historia reciente ha ostentado una persistente significación en el presente que, entre otras cuestiones, explica el sostenido interés por estas problemáticas. Entonces, mucho de lo que definimos como novedoso debería ser inscrito en un tiempo que remite más a lo social que a los recorridos de la producción académica o a los intereses individuales de los investigadores.

Tales cuestiones desbordaron las fronteras del mundo académico para vincularse con un contexto social y político más amplio donde se desarrollaba la actividad investigativa y que contribuyó a modelar la práctica historiográfica, en tanto los investigadores no permanecieron ajenos a la explosión memorialística, a la proliferación de relatos testimoniales, artísticos o periodísticos sobre los años '60 y '70, al interés de la sociedad en conocer sobre esos períodos. En fin, un contexto cada vez más favorable para la producción y recepción de esos relatos, así como la

existencia de una fuerte demanda social operaron como telón de fondo de la expansión de los estudios sobre esos períodos, alentando a los historiadores a abordarlas.

En esta perspectiva, Luciano Alonso ha planteado que

[...] quizás la formación de la Historia reciente como especialidad pueda entenderse no sólo como consecuencia de la generación de ese espacio intelectual por otros científicos sociales o como respuesta a las demandas sociales sobre el conocimiento del pasado, sino también como reacción a una profusa bibliografía que pretende hablar de la Historia desde lugares de enunciación no reconocidos por las instituciones académicas.²³

A ello agregaría una tercera cuestión, esta vez referida a la Historia como disciplina: las intervenciones en el espacio público y académico de historiadores no especializados en estos períodos, la ausencia de investigaciones específicas y la excesiva difusión del género ensayístico, así como el hecho de que ese pasado fuera algo de lo que todos hablaban como parte de la historia vivida y no como materia de riguroso análisis que se reclamaba para otros períodos, motivó a quienes estaban llevando adelante investigaciones serias y minuciosas sobre estas temáticas para demandar el reconocimiento académico que les era negado.

Finalmente, hay otro elemento cuya importancia habría que mensurar, pero que sin duda ha tenido influencia en estos desarrollos. En gran parte ha sido el mero paso del tiempo el que, junto con el ingreso de nuevas generaciones de estudiosos y de la renovación de las preguntas y las miradas, ha facilitado que ese tramo del pasado se convierta en objeto de estudio legitimado para la Historia académica. Resultaba muy difícil, incluso para los más reticentes, seguir postulando que “no había pasado el tiempo necesario” para abordar esos períodos y mirar a ese pasado con alguna distancia, cuando ya se habían cumplido más de veinte años del golpe de estado y entre tres y cuatro décadas desde los años '60 o primeros '70. O probablemente, como ha sugerido Enzo Traverso, ya se había producido una ruptura con la memoria de ese pasado, una ruptura simbólica y con las representaciones iniciales, como condición indispensable para la historización de ese pasado, para el surgimiento de una historiografía del período.²⁴

Todas estas situaciones determinaron que la Historia reciente se configurara como un campo “sin paternidades” y, en alguna medida, sin agendas. Los estudios sobre el período entonces no estuvieron dirigidos por historiadores consagrados ni regidos por una “agenda” como sucedió con otros campos disciplinares, más bien resumen un recorrido errático que ha tenido que ver con aportes y preocupaciones diversas.

Sin embargo, ahora que ha cambiado el status académico de ese ámbito de estudios –y ello implica por ejemplo el financiamiento de los proyectos de investigación sobre el área, el establecimiento de jornadas de la especialidad y el ingreso en el mercado editorial de gran parte de la producción-, la formulación de agendas de investigación aparece como una preocupación. El ejemplo son los balances historiográficos, los programas de investigación o ciertas perspectivas que se han

²³ “Definiciones y tensiones”, 51.

²⁴ Traverso afirmaba hace unos años que en Argentina la memoria no había podido hacer lugar a la historia ya que no había podido establecerse una distancia respecto del pasado como ruptura simbólica. Vid. “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, M. Franco y F. Levín, comps., *Historia reciente*, 84-85 y “Memoria, olvido, reconciliación...”, en D. Lvovich y J. Cernadas, eds., *Historia ¿para qué*, 63-64.

visualizado como “normalizadoras” de una práctica historiográfica que hasta hace pocos años no las tenía y que han generado críticas a la imposición de un “canon en torno a la historiografía del pasado reciente en tanto campo de estudios”.²⁵ Lo que se revela aquí es una tensión entre las filiaciones y las novedades de la Historia reciente, a la vez que hace notar que el ingreso de la Historia reciente en la academia le estaría haciendo perder el carácter revulsivo que ostentaba en sus momentos fundacionales.

Pero, ¿qué es lo que define a la Historia reciente? Podríamos postular que, en primer lugar, es un campo de estudios definido por su propia temporalidad –esto es, refiere al estudio de las últimas décadas de la historia argentina. Sin embargo, también es posible visualizar ciertas notas distintivas, ciertos modos de abordaje de ese pasado que hasta el momento la caracterizan. Uno de ellos es la primacía de una Historia social que sitúa en primer plano a los sujetos, sus relaciones, prácticas y experiencias: la Historia reciente argentina es en gran parte la historia de individuos (hombres y mujeres), grupos y organizaciones que habían sido insuficientemente analizados. Otro de sus énfasis es el estudio de ciertos subperíodos, donde destacan los ‘60 y primeros ‘70, por el interés que despiertan, y la dictadura militar de 1976/83 por sus aportes renovadores.

Por su parte, la difusión de metodologías de análisis cualitativo y la centralidad del uso de fuentes orales imprimieron un sesgo particular a las indagaciones sobre las últimas décadas, otorgando una especial atención a las memorias y culturas militantes, las experiencias, identidades y subjetividades de distintos actores sociales y políticos o, en otra cuerda, a las memorias y representaciones de ese pasado atravesado por la violencia política y el terror dictatorial.²⁶ Es menester preguntarse si estas notas –que no deberíamos absolutizar, porque se registran otros modos de abordar ese pasado cercano– definen a la Historia reciente como una forma radicalmente diferente de hacer historia. Y la respuesta –provisoria– es no. Lúcidos analistas han señalado su estatuto epistemológicamente inestable y puesto en cuestión el carácter novedoso que la misma posee, insistiendo en la idea de que la Historia reciente forma parte de un movimiento más amplio de producción de conocimiento sobre el pasado más cercano, que desborda a la Historia como disciplina.²⁷

Con todo y vinculado con ello, la Historia reciente ha mostrado, más que en cualquier otro ámbito de temas y problemas analizados por la Historia como disciplina, aquellas articulaciones entre la práctica historiográfica y el contexto social y político en el que ésta se desenvuelve. Así, a los problemas metodológicos generales de la disciplina que comparte con otros campos de estudio, se le añaden otros que refieren, en gran parte, a las múltiples aristas de las relaciones entre la Historia y la memoria: por

²⁵ El libro de Marina Franco y Florencia Levin, *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (cit.) y sobre todo el artículo introductorio fueron leídos como instancias fundacionales en un campo de estudios que ya tenía una historia previa, provocando algunos debates. Ver H. Apaza, “Un capítulo ausente”, 4 y particularmente Andrea Andújar y Débora D’Antonio, “Haciendo historias de los 70: aportes para un debate sobre el (des)balance de la historia reciente en la Argentina”, *ponencia*, Vº Jornadas Nacional de Espacio, Memoria e Identidad, Rosario, 2008.

²⁶ Marina Franco y Florencia Levin han presentado a la Historia reciente como “hija del dolor” (vid. Introducción a *Historia reciente*, 15). Sin embargo, es conveniente remarcar que no todos los trabajos exploran o relevan este tipo de perspectivas, insistiendo en que el estudio de las últimas décadas de historia argentina desbordan –sin desconocerlo– el impacto de aquellos procesos traumáticos en términos individuales y colectivos y a largo plazo.

²⁷ Vid. nota 1.

ejemplo, el tratamiento de las fuentes y centralmente la cuestión del testimonio (la oralidad y la memoria como fuente histórica), la coetaneidad entre el historiador y su objeto de estudio o el rol del historiador como “actor”, como testigo, como “parte” de los temas que estudia²⁸ –y con ello la tensión entre el compromiso y el distanciamiento del investigador-, la competencia con otros relatos no académicos sobre esos mismos períodos, la presión de las demandas sociales sobre la práctica investigativa, por citar solo algunos.

Por su parte, y quizás a resultas de estas cuestiones, hay algunos rasgos que se encuentran asociados con gran parte de los abordajes sobre la Historia reciente y que muchos han visto como una “moda”: uno de ellos tiene que ver con el problema de las fuentes, el otro con los recursos comparativos. Alonso sostiene que la definición de la Historia reciente como campo de estudios “supone en sí una novedad: una completa y minuciosa discusión sobre el estatuto de las fuentes y las posibilidades del conocimiento sobre un pasado que involucra a los historiadores”.²⁹ Mencionemos, en tal sentido, que la utilización de la oralidad generó un conjunto de problemas y debates tanto respecto del estatuto epistemológico de la historia oral (¿es una nueva forma de hacer historia o una metodología?), así como no soslayó los dilemas entre la “verdad histórica” y la fidelidad del recuerdo, o la relación entre testimonio y “verdad”. Por su parte, se ha señalado que uno de los elementos que facilitaron el abordaje del pasado reciente tuvo que ver con un cambio importante en la preservación de la documentación, sumado a la circulación de memorias y de testimonios de militantes.³⁰

Todo ello, junto con la apertura de reservorios documentales antes desconocidos o cerrados a los investigadores³¹, mostró un cúmulo de material documental para abordar el estudio del pasado reciente, dando por tierra con la idea de la inexistencia de fuentes. Sin embargo, el uso y abuso de los testimonios como modo predominante de los abordajes y miradas sobre estos períodos, se ha convertido en parte indisoluble del “paisaje” de las jornadas y mesas sobre historia reciente argentina.

El otro aspecto que mencionábamos refiere a un recurso muy utilizado, en particular en los estudios sobre la memoria, cual es el de homologar fácilmente procesos históricos particularmente complejos. La comparación de la dictadura argentina con el Holocausto y el énfasis en el “trauma”, a veces sin conocer en profundidad la dinámica política y social de los fenómenos comparados, ha resultado frecuentemente una

²⁸ Cfr. Claudia Feld, “El duelo es imposible y necesario. Entrevista con Henry Rousso”, *Puentes*, año 1, n° 2 (2000).

²⁹ L. Alonso, “Definiciones y tensiones...”, 61.

³⁰ Al respecto R. Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino”, 141-142. Referimos en particular a emprendimientos muy valiosos, si bien de data relativamente reciente y por definición aislados, cuyo objetivo es preservar ciertos materiales que hasta no hace mucho tiempo se encontraban dispersos o inaccesibles. Tal es el caso del CEDINCI, con sede en Buenos Aires, que se ha ocupado de nuclear y conservar documentación referida las organizaciones políticas de izquierda y el movimiento obrero argentinos o de Memoria Abierta, que posee uno de los más importantes archivos orales del país.

³¹ Ver Patricia Funes, “El historiador, el archivo y el testigo”, en D. Lvovich y J. Cernadas, eds., *Historia ¿para qué?*, 99 y subsiguientes. Funes analiza aquí la organización y gestión del Archivo de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA), el primer “archivo de la represión” organizado y abierto a la consulta de la Argentina. Para un acercamiento a la problemática de este tipo de archivos puede verse Federico Lorenz, “Archivos de la represión y memoria en la Argentina”, *Historizar el pasado vivo en América Latina* 1 (2007), <http://historizarelpasadovivo.cl/>, consulta 2 de febrero, 2008.

repetición vacua de perspectivas de enorme riqueza analítica.³² Estas tendencias han generado un “hashtío memorialístico” así como perspectivas fuertemente cuestionadoras del uso acrítico y exclusivo de las fuentes orales que se han generalizado en el marco de la disciplina histórica, y que parecen tributarias de la idea de finalizar la “era de la memoria” para dejar paso a la Historia³³.

A modo de cierre provisorio: de discursos, aportes y legitimidades

Es del todo cierto que la Historia reciente no puede reivindicar el monopolio de la producción de conocimiento sobre el pasado más cercano. A diferencia de lo sucedido en España, donde la competencia para construir un relato “verdadero” sobre un pasado del que no se hablaba quedó en manos de la Historia profesional³⁴, en la Argentina la tardía llegada de los historiadores al estudio del pasado reciente y la profusa producción de conocimiento proveniente de diversas disciplinas así como de narrativas no académicas, sitúan a la producción historiográfica como “un relato más” en torno a esos períodos.

Esta constatación no omite que tanto la Historia como disciplina como los historiadores han estado presentes en ese proceso de revisión del pasado reciente, acompañando o conectando la investigación histórica con los recorridos de las memorias sociales. La Historia académica ha sido reclamada en el proceso de revisión del pasado cercano y, respondiendo a esa demanda social, muchos de los historiadores e historiadoras que cultivan la Historia reciente han sumado a su quehacer profesional la intervención pública y política en diversos espacios: los medios de comunicación, el debate político, los recorridos de la justicia, los distintos niveles del sistema educativo, la gestión de archivos y la conexión con diversos movimientos sociales.³⁵

Pero lejos de postular la preeminencia del discurso historiográfico sobre otros discursos o minusvalorar la significación de los aportes provenientes de otros campos disciplinares, lo cierto es que aquella proliferación de relatos en algún sentido pone en cuestión la legitimidad del relato historiográfico sobre esos períodos. Y obliga a formular la pregunta respecto de ¿qué es lo que los historiadores del pasado reciente pueden aportar a la construcción del conocimiento sobre el pasado más cercano?³⁶ Y la

³² Por fortuna compensada por abordajes agudos que pivotean sobre la comparación y han contribuido a echar luz sobre algunos problemas centrales de la Historia reciente argentina. Entre otros ver Daniel Lvovich, “Historia reciente de pasados traumáticos. De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina”, en M. Franco y F. Levín, comps., *Historia reciente* y Daniel Feierstein, *Genocidio como práctica social. Hacia un análisis del aniquilamiento como destructor y reorganizador de relaciones sociales (del nazismo al genocidio argentino)* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).

³³ En la perspectiva planteada por Michael Marrus en *The Holocaust in History* (New York: Meridian, 1989, 7). También ver los artículos citados ut supra de Enzo Traverso.

³⁴ Ricard Vinyes, “Presentación” de *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia* (Buenos Aires / España: Ed. Del Nuevo Extremo / RBA, 2009), 17.

³⁵ Ello muestra con claridad las relaciones entre Historia reciente y política o, en palabras de Luciano Alonso, el plus de politicidad que tiene la práctica de la Historia reciente sobre otras formas de hacer historia. Vid. “Sobre la existencia de la historia reciente”, 204.

³⁶ Valga como ejemplo una cuestión que elegimos por su relevancia: en la Argentina el relato sobre los crímenes cometidos durante la dictadura militar por las fuerzas represivas -que en los últimos años ha asumido el Estado como política de memoria- se construyó sobre la base de lo investigado por las organizaciones de derechos humanos y luego por la Justicia, donde las denuncias y testimonios de las

respuesta tiene forzosamente un carácter de provisorio, en tanto estamos en presencia de un campo de estudios de constitución relativamente reciente y donde aún se están delineando sus contornos y contenidos. Sin embargo, lo que muestran las investigaciones realizadas y las que están en curso resulta alentador: nuevas preguntas, diálogos entre diversas tradiciones y abordajes teóricos y disciplinares, estudios de distintos períodos, casos, espacios y temáticas, indagaciones centradas en nuevas y viejas fuentes documentales.

La configuración de una memoria o de una conciencia histórica despojada de prejuicios y mitos en torno a ese pasado cuyas huellas en el presente aún son visibles requiere, a no dudarlo, de los avances en la construcción de conocimiento sobre el período, de la formulación de explicaciones más densas y complejas, de la multiplicación de estudios rigurosos y fundamentados provenientes del campo de la Historia como disciplina.

Profile

Gabriela Águila holds a PhD from the University of Rosario (Argentina). She is Professor of Latin American Contemporary History at this university and researcher of the National Scientific and Technical Research Council (CONICET). Specializing in recent Argentinian and Latin American history, and particularly in the last military dictatorship, she is the author of numerous essays published in books and journals both in this country and abroad, with one of the most important being *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura* (2008).

Gabriela Águila es doctora en Historia por la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), Profesora Titular de Historia Latinoamericana Contemporánea de esta universidad e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Especializada en la historia reciente argentina y latinoamericana, y en particular a la historia de la última dictadura militar argentina, es autora de numerosos trabajos, editados en libros y revistas académicas en su país y en el exterior, destacando, *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura* (2008).

Fecha de recepción: 15 de febrero de 2012

Fecha de aceptación: 20 de marzo de 2012

Publicado: 15 de junio de 2012

Para citar este artículo: Gabriela Águila, "La *Historia Reciente* en la Argentina: un balance", *Historiografías*, 3 (enero-junio, 2012): pp. 62-76,

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/aguila.pdf>

víctimas han tenido un lugar fundamental. En tal sentido, el estatuto de "verdad" está relacionado con lo que la justicia dictamina más que con cualquier investigación realizada en el ámbito académico sobre estas temáticas.